

HISTORIA BREVE DE UNA VIDA

RAMON MUGICA LECUONA



EUSEBIO Zubillaga Ugalde, mi viejo amigo, nació en Rentería el 14 de abril de 1916. Nuestra niñez en las Hijas de la Cruz y nuestra adolescencia en el Colegio del Sagrado Corazón, fueron siempre parejas, con un ritmo cotidiano y regular de estudios, recreos, excursiones a la montaña, y un tanto al cross, su debilidad de toda la vida. Por este deporte tenía verdadera pasión, su ídolo era Muguerra, al que con gran ilusión quería emular a base de entrenamientos intensivos, participando en cuantas competiciones había; pero siempre llegaba de los últimos. La verdad sea dicha, que ni su figura ni su constitución física daban para más. Pero por aquello de que lo importante es participar, seguía y seguía en su empeño, hasta que cayeron por tierra sus ilusiones cuando algún entendido le hizo desistir y analizando su trayectoria le dijo «Ik daukak pausa motza, biño makala».

Algo decepcionado, se dedicó más a la montaña, aunque terminó sus días siendo socio y patrocinador de la Gimnástica de Ulía, a cuyo ágape acudía puntualmente todos los años, el día de la tradicional carrera.

Vinieron luego los años de la República, los años de los partidos, que tantas amistades de la niñez aunaron; pero ¡cuántas rompieron y separaron! y más en aquellos tiempos en los que faltaba la formación política, debido en parte a la reciente Dictadura que acababa de fenecer y a la intransigencia y tozudez de que lo que yo pienso es lo mejor, y lo de los demás no cuenta.

Y llegó la Guerra Civil, la división encarnizada de los dos bandos. Cada uno tomó su camino. A nuestra temprana edad y con toda la honradez, cada uno emprendió el camino que le pareció más justo. Por doquier, el horror y la muerte. La vida en el monte, durmiendo hoy aquí, mañana allá, caminando y caminando sin rumbo fijo, con hambre, agua, frío y el eterno miedo metido en las entrañas, y el pavor de tenerte que enfrentar día a día a tus hermanos y amigos.

Nuestro encuentro próximo fue en Bilbao, donde ellos estaban como vencidos y a nosotros nos tocó el papel de vencedores.

Después de dormir, como novedad, bajo techado, como buenos renterianos fuimos a buscar a nuestros amigos de la parte contraria, que estaban en un colegio, y olvidándolo todo nos fundimos en un abrazo y nos desprendimos totalmente de todo lo que llevábamos en los macutos, ya que nos dijeron que hacía días que no comían. Luego las preguntas por los familiares, las preguntas temerosas por los que faltaban y habían caído, seguidas de unos largos silencios, y a revolver Rentería con la añoranza de tiempos felices ya pasados.

Y seguía la guerra, con sus batallas y sus muertos. Batallones de trabajadores, cárceles, etcétera.

Finalizada la contienda, con las cicatrices íntimas, que parecía nunca podían curar, volvimos a nuestras casas. Había nacido la ilusión de vivir y de olvidar, en lo posible, todo lo que había pasado.

Así fueron pasando los años, ya en santa paz, hasta que un día el gusanillo de hacer un acto heroico surgió y con un secreto a voces se quiso implantar la ikurriña en la torre de Rentería. Fracaso en la intentona, detenciones en cadena, interrogatorios, cárceles y... mi buen amigo Eusebio que elude la red policial, y así comienza su peregrinaje por varios pueblos, alojándose aquí y allá, hasta que es acogido en Bilbao por don Juan Ajuriaguerra, prócer nacionalista, y escondido por las hermanas de éste con gran sigilo.

La situación no puede prolongarse, ya que por aquel entonces mi buen amigo era uno de los objetivos de don Melitón Manzanas, y se pasa a Francia. Como él me contaba más tarde, allí se encontró con el cielo arriba, la tierra abajo y el poco francés que había aprendido en el Sagrado Corazón por el método de Ahn. A abrirse camino y otra vez a vivir, decepcionado, por las muchas promesas de ayuda que quedaron en palabras y nada más. Empieza a trabajar, conoce a Matilde y bendice su unión en la iglesia de Sara don Bernardo de Aurquía, sacerdote organista de Rentería, que también estaba desterrado.

Periódicamente nos veíamos en Hendaya o San Juan de Luz y acudía siempre a los conciertos que con el Ochote Oarso dábamos por aquellos pueblos.

Por fin salió un Decreto, después de cierto tiempo, para los que no teniendo delitos de sangre quisieran volver. Con motivo de un viaje mío a Roma para dar unos conciertos con la Coral Santa Cecilia, me esperó en una de las estaciones de paso, como habíamos convenido, le firmé un documento y pudo venir a España nuevamente.

Casi todos los meses nos juntábamos y comíamos juntos, y aquella sincera amistad de niños volvió a renacer, y aunque nuestras ideas no eran las mismas jamás discutimos, a pesar de haber analizado y comentado cota por cota nuestras andanzas guerreras.

Desde su vida en Francia y por sus frecuentes viajes a Inglaterra, mi amigo había cambiado mucho. Las costumbres inglesas, su «modus vivendi», su política, le subyugaron desde el primer momento. Recibía la prensa diaria y estaba al tanto del proceso evolutivo de dicho país, y a pesar de no residir allí no podía disimular su admiración. Por las conversaciones que tenía con él y por informes que he tenido posteriormente fue, en la clandestinidad, enlace del Servicio Secreto de Inteligencia Inglés en Euzkadi.

Políticamente no he conocido a nadie que hablara tan bien de los demás, era para mí un nacionalista nato; pero aunque parezca una contradicción «muy universal». Su lema era el mutuo respeto. Admiraba a los socialistas que conoció en el destierro, con los que tuvo que alternar y convivir. Al respecto, me contó una anécdota que le sucedió en París, debajo de la Torre Eiffel. **«Estaba conversando con un historiador socialista de la situación política de España y se acercó un “patatas” que sin encomendarse ni a Dios ni al diablo empezó a hablar de las excelencias del nacionalismo y a despotricar contra el socialismo. Cuando terminó de hablar, el socialista, que aguantó todo en silencio, le contestó con voz queda: “Ustedes alardean de sus ideas donde sea y como sea, sin darse cuenta que pueden molestar a los demás”. Corrido, el referido forofo se marchó, y los dos seguimos conversando amigablemente, aunque yo avergonzado ya que aquel señor tenía razón».**

Iba pasando el tiempo y llegaba la transición. Había dos cosas fundamentales a las que mi amigo tenía miedo. A la po-

ca organización y preparación interna de su partido, referentes a la composición de las Juntas Municipales, y a las escisiones que podían venir. Continuamente recorríamos juntos la triste historia de nuestro pueblo, desde las eternas divisiones entre ñacinos y gamboinos, pasando por las Guerras Carlistas, nuestra Guerra Civil, etcétera.

ETA llevaba funcionando bastante tiempo y vino la fundación de Herri Batasuna. A su líder, Telesforo Monzón, no le tenía ninguna simpatía, ya que no le perdonaba la poca diligencia de evitar el asalto de las cárceles de Bilbao, el 4 de enero de 1937, siendo Consejero de Gobernación. Otra cosa que le exasperaba era que se apropiara del himno «Euzko Gudariak». Cierta día su indignación fue tal que se enfrentó él solo en su pueblo a una nutrida manifestación, increpándoles porque estaban mancillando un himno sagrado que no tenían derecho a cantar. Cosa extraña, reconociendo su personalidad y su trayectoria política, allí no pasó nada.

Me he alegrado, con el transcurso del tiempo, que esta impresión que pudiera parecer subjetiva y fruto de una amistad sincera, se haya visto corroborada en el libro del ilustre periodista e historiador Gregorio Morán, *Los españoles que dejaron de serlo*, donde habla de mi amigo y dice textualmente: **«la ayuda de hombres que merecerían por sí mismos una monografía: EUSEBIO ZUBILLAGA, José Verdes, Delia Laurova...»**. Es muy significativo que en esta citación, saltando el orden alfabético, aparezca el primero el gran renteriano.

Miguel Pelay Orozco en su libro *Juan Ajuriaguerra, su vida, su obra, su muerte*, le dedica un capítulo, donde después de citar que perteneció al G.B.B., se dice que creó la Federación de Euzko Gaztedi Kiroltzaleak y fue nombrado responsable de Euzko Naya en la clandestinidad.

Esta es la breve historia de una vida dedicada a un ideal. El, antes de irse para siempre, se lamentaba de que se sentía arrinconado, de que sus consejos basados en la experiencia caían en el vacío y se perdían entre las brumas y las sombras de apetencias y ambiciones a veces inconfesables...

Muchas veces pienso, al recordarle, que los idealistas como él nunca llegan a alcanzar la cima. Quizás sea mejor, ya que si consiguieran su ideal... éste dejaría de serlo.